CAPITULO XXV.

DE LA MANERA CON QUE CHUCHO EL NINFO SE CUBRE DE GLORIA.

HUBO un veranito en la casa de Gonzalez, pero este verano era el precursor de la tempestad.

Gonzalez, arrepentido interiormente de su infidelidad y encontrando en la afabilidad de Angelita un tierno llamamiento al órden, se propuso buscar la paz y el bienestar en la única fuente posible para un casado: en el hogar doméstico.

Inauguraron la paz con un almuerzo al que concurrieron la familia de Angelita, el padre Martinez, Perez, Chu-

cho el Ninfo y Elena, quien cuidó de no hacer concurrir á los niños Aguados.

Pocos dias antes Chucho el Ninfo rodeado de su cohorte de pollos callejeros, habia recibido en su ánimo un nuevo impulso que le obligó á tomar medidas extremas.

—Sentimos que estés de malas, le decia un pollo.

—¿Por qué?

—Porque se te acortan los recursos en tu ramo de mugeres casadas.

—No, no tanto, dijo Chucho, viendo venir el chubasco.

—¡Como no! Tú encantadora Mercedes está en ejercicios, que yo la ví, se está purificando una vez por todas y esa conquista se aguó.

—Y en cuanto á Angelita, agregó otro pollo, se va á celebrar con un almuerzo, su reconciliacion con su marido. ¿Estás convidado?

—Por supuesto.

—¿Y vas?

—Primero falta el vino que yo.

—¿A presenciar tu derrota?

—No, á triunfar.

—¿A triunfar? que presuntuoso, estás vencido, chico, estás vencido.

—No lo crean ustedes. Ya se vé, en materias de amor, sois muy niños.

—Véngate de nosotros como gustes, pero estás derrotado.

—Ya veremos.

Chucho se separó de sus amigos, extraordinariamente contrariado, porque le habian dicho la verdad, y se puso á hilvanar un proyecto estupendo que la casualidad vino á hacer mas negro todavía.

Chucho recurria al arbitrio de aturdirse, segun él decia, cuando le sucedia algo, y tuvo una cena de cuya descripcion nos libran ciertas consideraciones.

Chucho habló con Concha.

Esta enteró á Chucho de sus amores con Gonzalez. Chucho guardó aquellos datos, como si se hubiera echado en el bolsillo un frasco de ácido prúsico, y en seguida se manifestó espléndido con Concha, quien á su vez encontró en esto á Chucho muy de su gusto.

Llegó el dia del almuerzo: reinó en él la mayor cordialidad: y las tias de Angelita, las cartilaginosas tias se sentaron juntas, para darse de codo; pues como todo lo sabian, se estaban gozando en que aquella reconciliacion fuese para alejar á Chucho el Ninfo, á quien segun las viejas no le quedaba mas recurso que dirijir sus tiros á otra parte.

—Parece que nuestro santo, el señor san Judas Tadeo de mi alma, se ha portado como quien es.

—Sí, yo me muero por él. ¡Qué capaz que se le fuera ésta ¡vaya! en mas graves casos, nunca se ha quedado sin hacer el milagro!

—Le mandaré decir una misa; que bien lo ha ganado.

—Aquí es donde yo quiero ver á los impíos; se quedarian con la boca abierta.

—¡Milagro mas patente!.....

—Porque, de fijo, Chucho toca retirada.

—La conciencia, hermana, la conciencia.

Doña Rosario hacia señas á sus hermanas, y estaban las tres ancianas que no cabian en sí de gusto.

En la noche de ese mismo dia, la sala de la casa de Gonzalez presentaba un cuadro opuesto al de la mañana.

Angelita lloraba reclinada en un sofá y Gonzalez se paseaba furioso.

—Bien decia yo, exclamaba Angelita; quien habia de ser, sino una muger perdida, la que me roba tu amor? ¿quien sino esa Concha, la ojona, la ordinaria, la que te quita de mi lado? ¡hipócrita! pero eso sí; esta será la última; esto no tiene remedio. Mañana estaré yo en mi casa y todo el mundo sabrá que clase de sugeto es usted. ¡Ay Dios mio, que desgraciada soy!

Gonzalez, á quien se le habia caido el gozo en el pozo, recurrió primero á la energía y á las amenazas, é hizo admirablemente el papel de hombron resuelto y de carácter enérjico.

La luz de la aurora sorprendió al matrimonio en plena guerra; y en las primeras horas de la mañana llegó el refuerzo de la casa de Angelita. La tuerta traía el estandarte del escándalo.

—Déjame á mí, le decia á doña Rosario, ya sabes que soy muger de recursos; y desde luego me ocurre, que supuesto que Dios nos ha inspirado la idea de poner á Mercedes en la casa de ejercicios, y supuesto tambien que aun

no se acaba la novena de san Judas Tadeo, es claro, clarísimo, que el camino que debemos seguir es el mismo; y de esta manera habremos puesto fin á tanto escándalo, y nos descartaremos para siempre del..... jovencito, del D. Jesus condenado.

—¿Pero crees tú que Gonzalez pase por entrar á ejercicios?

—¿Por qué no? ya lo verás.

—Pues anda; y que Dios te ilumine.

Debemos decir en obsequio de la sagacidad de la tuerta, que cumplió su mision admirablemente: Angelita ofreció aceptar á su marido, con la condicion de recibirlo purificado y santo despues de los ejercicios.

Gonzalez se resignó por su parte, y algunos dias despues, Angelita hacia los preparativos para enviar al pecador de su marido á hacer penitencia por nueve dias.

—¡Aleluya! gritó la tuerta, el primer dia de los nueve en que Angelita iba á estar sola. Van dos milagros que nos hace en uno mi querido señor San Judas Tadeo, á quien veo como á las niñas de mis ojos. En primer lugar, nos ha quitado á ese D. Jesus, el elegante, de la casa de Mercedes; porque yo supongo que despues de los ejercicios y con el mal modo que todos le hemos puesto, no aportará mas por la casa; y todo esto, segun lo tiene de costumbre mi santo de mi alma, antes de que se acabara la novena; y el segundo milagro es, haber quitado á Gonzalez del lado de esa..... ¡Ave María Purísima!..... ya iba

á decir la palabra; de esa..... infeliz! porque no son otra cosa esas mugeres, que hasta animales me parecen.

—Efectivamente, dijo doña Rosario muy convencida del poder de San Judas; y aun hay mas que agradecer á su Divina Magestad, y es, que de nada de esto se haya apercibido el pobre de mi marido, que moriria seguramente de un derrame de bílis si llegaran á sus noticias las atrocidades que han pasado en estos dias, y que á la verdad, no sé como he tenido serenidad para aparentar delante de mi marido tanta calma.

—En cuanto al seductor ya nada tenemos que temer, dijo la tuerta, porque aun cuando siga visitando á Angelita, ahí me las den todas; esa no es Merced, porque esa sí es una muchacha arreglada, que no ha dejado de confesarse y de hacer sus comuniones.

—Eso sí, exclamó doña Rosario, me cabe la satisfaccion de que mi hija Angelita ha seguido siendo buena cristiana, y tengo una confianza en su juicio y en su honradez, que muy pronto, ya lo verás, va á poner al Chucho en la puerta de su casa.

—Yo entiendo, dijo la tuerta, que con todo lo que ha pasado, bastante debe comprender que está de sobra el angelito, y tomará su portante.

Esta prevision de la tuerta, era la que menos habia de realizarse, pues Chucho, animado por la misma Angelita, veia abierta una brecha á sus ataques.

Efectivamente, Chucho se consagró á Angelita, con toda la insistencia y tenacidad que le conocemos.

Angelita, fiel á su propósito de librar á Mercedes de aquel amante tan peligroso, y creyéndose cada vez mas segura en las resoluciones que llevaria á cabo despues, dijo á Chucho:

—Pues bien, pongo una condicion.

—¿Cuál?

—Que jamas vuelva usted á ver á Mercedes.

—¿Y á ese precio me amará usted?

—Sí, dijo Angelita, jugando con la verdad y sin temblar.

Chucho oyó aquel *sí* conmoviéndose profundamente, contra su costumbre; porque como la vanidad era el móvil de su amor, esta estaba plenamente satisfecha.

Chucho cayó á los piés de Angelita, y se dejó llevar del torrente de sus ideas amorosas; se le hubiera desconocido, porque estaba elocuente; y lo que es mas, ardiente y poético: tal vez sentia Chucho por la primera vez un arrebato semejante, y las mas dulces imágenes, las mas risueñas perspectivas descorria, con desusada locuacidad, á la vista de Angelita. El amor pintado por Chucho en aquellos momentos, tenia tan extraño perstigio, ejercia una influencia tan nueva en el ánimo de Angelita, que esta lo escuchaba absorta.

Al principio, solo su vanidad respondió á las primeras palabras de Chucho; pero á medida que este hablaba y su acento iba tomando el carácter ingénuo y la marca de verdadera pasion, Angelita comenzó á sentir algo entera-

mente nuevo en todo su ser, que la ponia á merced de aquella fascinacion desconocida.

Le sucedió una cosa muy rara: se olvidó de Gonzalez, de su familia, de todo el mundo; y como en un sueño se concentró toda en aquel amor que brotaba inundándolo todo con sus rayos deslumbradores.

Era aquella una de esas horas fatales en que todo calla á nuestro rededor, en que no surge ni el mas ligero obstáculo, ni la mas trivial interrupcion; ni una tos, ni un sonido, ni un reloj que dé horas, ni una puerta que rechine, nada, en fin, que turbe ese silencio soporoso, pero lleno para los actores de aquella escena, de esos rumores extraños, de esos ruidos que todo lo absorben porque son la sangre que afluye al corazon haciéndolo palpitar violentamente.

No parecia sino que en aquella sala modesta, pero agradablemente tapizada, iluminada por una sola luz opaca y medio velada por un ramo de flores; no parecia, decimos, sino que en las largas sombras que proyectaban los muebles y que se extendian por las paredes, estaba ese diablo de las conquistas que suele deleitarse con las escenas de amores terribles; ese diablo familiar de los salones que destapa los pomos de la esencia de rosa, que hace crujir la seda, que alumbra con la luz azul de sus pupilas un seno blanco que ondula como una góndola mecida por la brisa sobre un lago; ese diablo cortesano que alza, sin que nadie lo vea, la orla de un vestido y hace exhibir un pié calzado con blanquísima seda; diablo que sabe por que me-

dios se humedecen los ojos y se les hace brillar como las estrellas, que sabe dejar caer un rizo de sedoso cabello sobre una frente que se estremece; diablo que envía el aliento de una boca á los lábios de otra entreabierta por la mas dulce de las agonías.....

Ese diablo estaba allí.....

El recogió en la palma de su mano amarilla unas cuantas lágrimas de Angelita, y contrajo su angulosa fisonomía con una sonrisa dedicada á Chucho el Ninfo, cuando este pensó á sus solas que aquella noche se habia cubierto de gloria.